

A red carpet event with spotlights and stanchions. The scene is set against a dark background with several bright red spotlights illuminating the area. A red carpet runs down the center, flanked by gold stanchions connected by red ropes. The overall atmosphere is one of glamour and high-profile events.

**MEGAN  
MAXWELL**

**¿Y A TI QUÉ  
TE IMPORTA?**

# *¿Y a ti qué te importa?*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2012  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Alex Roz - Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2016  
ISBN: 978-84-08-16274-2  
Depósito legal: B. 20.332-2016  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

*Las Vegas, 11 de junio de 2000*

Un divertido grupo de jóvenes amigos, todos españoles, entraron en el hall del impresionante hotel Caesars Palace de Las Vegas. Sus caras al ver la majestuosidad de todo cuanto los rodeaba hablaban por sí solas.

—Uoo, tío, ¡esto es la leche! —gritó Raúl, más conocido como *el Pirulas*, el más alocado del grupo.

Todos asintieron boquiabiertos. La recepción de aquel lugar era alucinante. El mármol color marfil y las esculturas romanas eran tan increíbles que parecían estar en la Antigua Roma. Emilio, Raúl, Carlos y Juan, que habían viajado desde Madrid para celebrar la despedida de soltero más sonada de todos los tiempos, sonrieron divertidos. Habían planeado minuciosamente aquel viaje y allí estaban, dispuestos a disfrutarlo.

Carlos se casaba el 1 de julio y sus colegas de toda la vida habían decidido darle aquella sorpresa. ¡Las Vegas! Un lugar del que habían hablado mucho durante su adolescencia y al que habían prometido ir juntos alguna vez. La ocasión se presentó, y allí estaban.

—Tío..., tío, ¿has visto a ésa? Por favor, ¡qué pechugas! —soltó Emilio, conocido en su pueblo como *el Rúcula*.

Sin perder un segundo, todos miraron en dirección a una muchacha impresionante. Era una rubia escultural que iba vestida de Cleopatra. Ésta, al pasar junto a ellos, les guiñó un ojo y se marchó con dos tipos que la esperaban ataviados de romanos.

El futuro marido y Juan, los más sensatos, al ver a aquella mujer alejarse, sonrieron mientras los otros dos silbaban como descosidos.

—Recuerda lo que hablamos —murmuró Carlos a Juan—. No me dejes hacer ninguna tontería, que, como se entere mi churri, cuando llegue a Sigüenza, ¡me mata!

Juan sonrió y fue a contestar a su mejor amigo cuando el Pirulas, que también lo había oído, dijo colgándose de su cuello:

—Aprovecha tus últimos días de solterooooo y no me seas aburrido. Tío, que estamos en LAS VEGASSSSSSSS. Nos rodean nenas preciosas y sexis, y hemos prometido que lo que pase aquí, aquí se quedará.

El Pirulas era el típico amigo divertido pero problemático. En un principio pensaron viajar sin él, pero, por su amistad desde niños y por el cariño que le tenían, al final había conseguido que no lo dejaran de lado. Sin embargo, todos sabían que había que andarse con cuidado. A Raúl le gustaba demasiado la juerga, la bebida y las drogas, y era un especialista en liarla en cualquier momento.

—¡Joder! —gritó el Rúcula—. ¿Habéis visto qué culo tiene ese pibonazo?

Juan sonrió. Sus amigos eran un caso aparte, pero los quería. Nada tenían que ver con él, ni con su manera de ser, pero para él eran los mejores del mundo, aunque también fueran los más escandalosos del universo. Por ello, y consciente de que los cinco días que iban a estar allí iban a ser gloriosos, cogió su bolsa de deporte y dijo antes de que alguno comenzara a gritar burradas:

—Venga, vamos a buscar la llave de nuestra habitación para dejar el equipaje.

El Pirulas, cogiendo su mochila, lo siguió e indicó:

—Ostras, tío. Tu amiguita de la agencia de viajes nos ha buscado un hotelazo tremendo. Recuérdame que le lleve un souvenir de agradecimiento.

—Pilar es muy maja —asintió Juan divertido.

—Y está muy buena —apostilló el Rúcula—. ¿Sales con ella?

—¡Ja! Ya quisiera ella —se mofó Carlos, que conocía a fondo la vida de su amigo.

—¿No estás liado con el monumento de la agencia? ¡Pero si está tremenda! —exclamó el Pirulas sacando una botellita de whisky que había comprado al taxista.

—No..., no estoy liado con ella —respondió Juan dejando sobre el mostrador su pasaporte—. Estoy liado con las pruebas para entrar en la Policía Nacional. ¿Lo recuerdas?

—Sinceramente, creo que te falta un tornillo —se mofó el Rúcula—. Y no lo digo porque quieras ser policía, sino por no estar enrollado con ese pibonazo.

Tras soltar una carcajada, Juan miró a sus amigos y exclamó:

—¿Queréis dejar de marujear y sacar vuestros pasaportes?

Si la entrada del hotel, el hall y la recepción les pareció alucinante, cuando llegaron a su habitación, se asomaron al balcón y vieron las enormes piscinas, fue el no va más. Aquella tarde la dedicaron a jugar en las máquinas del hotel, y cuando se enteraron de que en la sala de espectáculos actuaba la cantante Gloria Estefan, no lo pensaron dos veces y fueron allí a cenar.

La actuación fue impresionante. Gloria estuvo magnífica, y ellos se divirtieron a rabiar, y más cuando descubrieron en la mesa de al lado a un grupo de chicas dispuestas a pasarlo tan bien como ellos.

Como era de esperar, el Pirulas, que iba más bebido que ninguno, se levantó y se dirigió a la mesa de ellas. Dos segundos después, regresó con las cuatro.

—Colegas, os presento a Crista, Mariana, Noelia y Sheila. ¡Son universitarias californianas!

—¡Uoooo! —exclamaron sus colegas al oír su efusión.

Las muchachas los saludaron y, pocos segundos después, estaban sentadas con ellos. Una vez acabó el espectáculo de Gloria Estefan, unos músicos comenzaron a tocar y, al poco, las chicas los invitaron a bailar. Raúl y Emilio aceptaron. Carlos y Juan se limitaron a ver bailar a sus dos amigos con las cuatro muchachas, que parecían muy animadas.

—Creo que voy a recordar este viaje toda mi vida —sonrió Juan al ver a Raúl con una peluca a lo Elvis Presley bailando con las chicas.

Sin embargo, su mirada se detenía una y otra vez en la rubita llamada Noelia. Sus ojillos llenos de vida y esa sonrisa descarada lo atraían... y mucho.

Carlos, que conocía bien a su amigo, al ver cómo aquél miraba a la joven, se acercó a él y le susurró:

—¿Es sólo cosa mía o la del vestido rojo te gusta?

Juan sonrió. Bebió de su cerveza y, por su gesto, su amigo lo entendió.

—La verdad es que tiene unos ojazos azules impresionantes —asintió Carlos.

Una hora después, los ocho salieron del Caesars Palace dispuestos a vivir la noche de Las Vegas. Primero pasaron por uno de los cientos de casinos, donde tomaron unas copas y jugaron unas partidas al blackjack. Allí, de nuevo, Juan volvió a fijarse en Noelia y comprobó cómo controlaba y ganaba en aquel juego. Con las ganancias, se dirigieron a una sala de fiestas donde un grupo de salsa tocaba mientras la gente bailaba. En esta ocasión, y con unas copillas encima, todos saltaron a la pista, incluido Juan, quien demostró ser un magnífico bailarín, y a quien se le reseco la boca en exceso cuando la chica de los impresionantes ojos azules se le acercó y se contoneó bailando delante de él mientras lo cogía de la mano. La siguió como pudo y comprobó lo fácil que era bailar con ella. Media hora después, sudorosos y sedientos, los dos se dirigieron a la barra para pedir unas copas.

—Noelia, tu acento no es tan marcado como el de tus amigas, ¿por qué? —preguntó Juan.

—Mi padre es norteamericano, pero mi madre es puertorriqueña —cuchicheó ella—. Físicamente he salido a la familia de mi padre.

Juan sonrió y volvió a preguntar:

—¿Dónde vives?

—En Los Ángeles y, por cierto, mi abuela, la madre de mi madre, es española.

—¿Española? ¿De dónde? —dijo él sorprendido.

—De Asturias. Un lugar que lleva clavadito en el corazón. Siempre me habla de aquella tierra como algo maravilloso y difícil de olvidar.

—Y ¿cómo terminó una asturiana en Puerto Rico?

Retirándose con coquetería el pelo de la cara, mientras llamaba al camarero para pedirle otras dos copas, la joven murmuró:

—El amor. Conoció a mi abuelo, se enamoraron y, cuando éste tuvo que regresar a su país, se casaron y mi abuela se marchó con él.

—Y ¿tu abuela ha vuelto alguna vez a Asturias?

—Sí..., sí. Ella ha viajado algunas veces allá, y yo espero acompañarla algún día. Aunque ahora, con los estudios y tal, lo tengo difícil —respondió Noelia clavándole sus azulados ojos.

—Sé que te estoy acribillando a preguntas, pero ¿qué estudias?

La joven, tras ver que el camarero preparaba sus bebidas, miró a Juan y respondió con seguridad:

—Publicidad. Me gusta mucho ese mundillo. —Y, dando un giro a la conversación, preguntó—: Y ¿tú de qué lugar de España eres?

—Vivo en Madrid. Pero mi familia es de un pueblecito de Guadalajara llamado Sigüenza, donde, por cierto, hay un maravilloso castillo que es una auténtica preciosidad.

—¿Un castillo? Adoro los castillos —sonrió ella encantada—. En uno de los viajes que tengo planeado hacer a Europa quiero conocer muchos de ellos.

—España está lleno.

—Lo sé. Mi abuela siempre me habla de España, de sus castillos y de su historia.

El gesto aniñado de Noelia, sus ojazos azules y sus bonitos labios enamoraban a Juan, y pasándole la mano por el fino óvalo de su cara, le susurró:

—Si alguna vez vienes a España, yo mismo te los enseñaré, ¿de acuerdo, *canija*?

—¿*Canija*?! —rio la joven con las pulsaciones a mil—. Así me llama mi abuela.

Ambos rieron y se miraron a los ojos deseosos de intimidad. Sin embargo, los dos sabían que sería una locura. Por ello, para romper ese momento mágico, Noelia preguntó:

—¿Estudias o trabajas?

Juan sonrió. Ahora era ella la que preguntaba.

—Me estoy preparando para ser policía en mi país. Bueno, en realidad, Carlos y yo nos estamos preparando para ser policías.

Sorprendida por su contestación, ella asintió y, sin darle tiempo, volvió a preguntar:

—Y ¿qué hacen unos futuros policías españoles en Las Vegas?

Juan se acercó un poco más a ella y, decidido a dejar de imaginar para pasar a la acción, le respondió con voz ronca:

—Divertirse. ¿Y vosotras?

Noelia, al sentir su cercanía, olvidó sus precauciones y, acercando sus labios a los de él, susurró cautivada:



—Divertirnos.

Juan dejó su cerveza sobre la barra y se aproximó más a la muchacha para tomar con avidez aquellos labios tentadores. Ella era dulce, suave, y olía a sensualidad, una sensualidad que a Juan lo volvió loco. Tras ese cálido beso llegaron muchos otros, regados con alcohol y diversión. La noche enloqueció, llena de colores, música, risas, bebida y descontrol. Por primera vez en su vida, Juan, el muchacho que siempre mesuraba sus actos, bebió tanto que llegó un momento en que perdió la razón y la noción del tiempo.

## Capítulo 2

Juan despertó en una habitación que no era la suya. Miró a su alrededor y no se sorprendió al ver a la joven que había conocido la noche anterior desnuda a su lado, totalmente dormida. Recordaba instantes con ella, pero poco más. ¿Qué hora era? Miró el reloj digital que estaba encima de la mesilla y leyó: 21.14 horas, 14 de junio. ¿14 de junio? Boquiabierto, se rascó la cabeza. Lo último que recordaba era la tarde del 11 de junio, cuando habían llegado a Las Vegas. ¿Cómo podía ser día 14?

Con curiosidad, paseó la mirada por la lujosa suite y se sorprendió al ver un piano blanco en un lateral. Leyó la marca: Yamaha. Levantándose desnudo y con una resaca impresionante, caminó hacia una puerta lacada en blanco. Aquello debía de ser el baño. Sin embargo, se quedó sin habla al abrir y ver unas columnas acompañadas por unas esculturas italianas y, en el centro, una pequeña piscina de agua añil.

«Pero ¿dónde estoy?», pensó mirando a su alrededor.

Cerrando la puerta, se fijó en el enorme televisor junto a la bonita chimenea, los sillones de cuero blancos y la fuente.

—¡Joder! Una fuente en medio de un salón. Cuando se lo cuente al abuelo, va a alucinar —murmuró divertido.

No podía quedarse quieto, así que buscó a sus amigos. ¿Dónde estaban? Al abrir una puerta, los encontró tendidos en una enorme cama junto a las otras chicas. Todos estaban desnudos, y rápidamente comprobó que faltaba el Pirulas. ¿Dónde se habría metido? Sin poder evitarlo, miró a su amigo Carlos y lo vio dormido sobre el pecho de una de las chicas.

—Joder..., joder. Dije que lo iba a controlar —susurró agobiado.

Cerró la puerta. ¿Qué había ocurrido allí? Llevándose una mano al rostro, Juan pensó en su amigo. Cuando se despertara y viera lo

que había hecho, montaría en cólera al pensar en su dulce Laura. Aquello lo iba a martirizar. Si alguien quería con locura a su novia, sin duda, era Carlos.

Confundido y en busca de una explicación para todo aquello, se pasó la mano por su largo y negro pelo, cuando sintió que algo frío le rozaba la frente. Sin perder un segundo, se miró la mano y de pronto gritó:

—No..., no..., no... ¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Noelia, que hasta el momento había permanecido dormida, al oír aquel alarido se incorporó de un salto. La cabeza le dolía y todo le daba vueltas, pero lo primero que vio fue al joven que había conocido *supuestamente* el día anterior. Aquel con quien había compartido besos, diversión y, al verse desnuda en aquella cama, imaginó que también algo más.

—Dime que esto no es cierto. Dime que no nos hemos casado —gritó Juan enseñándole la alianza con dos dados que llevaba en la mano.

Al oír aquello, rápidamente ella miró su mano. Al ver una alianza igual en su dedo, se levantó de un salto, sin importarle lo más mínimo su desnudez.

—No puede ser..., ¡esto no me puede estar pasando!

—¡Nos hemos casado?! —aulló él.

A Noelia le iba el corazón a mil por hora.

—No lo sé..., no lo sé.

Histérico, Juan buscó su ropa interior y se la puso mientras ella hacía lo mismo. Necesitaban despertarse, despejarse y aclararse las ideas. Él era un chico al que su padre había enseñado a controlar su vida, y aquello de pronto se le escapaba por todos lados. Noelia fue a coger su sujetador, que estaba en el suelo, cuando vio un sobre. Lo abrió y se quedó sin respiración al ver una licencia de matrimonio con sus nombres y una foto de ella y Juan besándose: ella, con un ridículo velo de novia, y él, con un horroroso chaqué junto a un juez de paz.

—Dios mío, es cierto. ¡Nos hemos casado! —gritó horrorizada.

Dando dos zancadas, Juan llegó hasta ella, le quitó la foto de un tirón y al mirarla blasfemó. Pero cuando leyó lo que ponía en la licencia, la observó con el ceño fruncido y vociferó:

—¡Joder..., joder...! ¡¿Me he casado contigo?!

Molesta por cómo él la miraba, ella gritó fuera de sí:

—¡A ver si te crees que yo estoy encantada de que *tú* estés casado conmigo!

—¿Qué me echaste en la bebida? —rugió Juan.

—¿Yo? —Incrédula, ella respondió con enfado—: ¿Que yo te eché *a ti* algo en la bebida?

—Sí, tú..., yo... yo no bebo, y... y...

De pronto, Juan pensó en Raúl. ¡El Pirulas! Su puñetero y siempre problemático amigo. Lo mataría. En cuanto se lo echara a la cara, lo mataría. No hacía falta hablar con él para saber que tenía algo que ver en todo aquello. La joven de pelo rubio, enfadada por lo que estaba sugiriendo, le lanzó uno de sus zapatos de tacón a la cabeza hecha una furia.

—¡¿Qué narices estás intentando decir?! ¡Sólo tengo veinte años, una maravillosa vida por delante, y *tú* no entras dentro de mi proyecto de vida!

—Mira, guapa —respondió él con crudeza—, yo tengo veintidós y te aseguro que *tú* sí que no entras en *mi* proyecto vida.

Poco acostumbrada a que un hombre le hablara así, y cada vez más molesta por cómo aquel idiota vociferaba, Noelia gritó:

—¡¿Acaso crees que yo me quería casar contigo?! —Juan no respondió, sólo la miró furioso, y ella continuó—: Mira, *guapo*, he oído tonterías en mi vida, pero lo que acabas de decir es el *summum* de las chorradas. Yo no necesito casarme contigo, y menos con estas horrosas, baratas y feas alianzas de dados —gritó—. Mi vida es... Quizá seas tú el que me ha engañado a mí.

—¡¿Yo?!

—Sí, tú... Pero, vamos a ver, ¿cómo voy a querer casarme contigo? Con... con... un simple aspirante a policía.

Al oír aquello, Juan frunció el ceño y le soltó molesto:

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para pensar que eres más que yo?

Aturdida por todo lo que había pasado, Noelia fue a hablar, pero se calló. Tenía claro que él no sabía quién era ella, así que respondió con otra pregunta:

—Y ¿tú quién te has creído que eres para sugerir que yo te he engañado?

De pronto, la puerta de al lado se abrió. Apareció Carlos desnudo, con las manos en los oídos. Su cara lo decía todo. Tenía una resaca del quince.

—Por el amor de Dios, ¿podéis dejar de chillar como mandriles?

—¡No! —gritaron al unísono los afectados, y Juan, acercándose a su amigo, dijo enseñándole la licencia de matrimonio y la foto—: Mira esto y dime si tú no gritarías.

La cara de Carlos cambió en pocos segundos. De azulada pasó a marmórea. ¿Qué habían hecho? ¿Qué había pasado? Rápidamente, se miró las manos y, tras comprobar que él no llevaba alianza, respiró tranquilo. Escudriñó a su amigo con la mirada y se tapó con una mano sus vergüenzas.

—No me jodas, tío, que te has casado...

Juan, arrancándole de las manos los papeles, voceó mientras los rompía:

—No, yo no *te jodo*. Aquí *el jodido* soy yo..., que sí, me he casado con una mujer a la que no quiero, no conozco y, lo peor de todo, ¡no sé ni quién es!

Noelia se disponía a gritar que a ella le ocurría lo mismo cuando el resto del grupo apareció por la puerta con cara de resacón. De pronto, otra puerta se abrió y entró en la habitación el loco del Pirulas con unas botellas de champán en las manos. En su línea de locura y con una cogorza por todo lo alto, gritó:

—¡Vivan los novios!

Al oír aquello, Juan se abalanzó contra él furioso. Seguro que aquel idiota les había echado algo en la bebida y todo lo ocurrido era por su culpa. Entre puñetazos y gritos, sus amigos los separaron. El estado del Pirulas era pésimo, y el cabreo de Juan, tremendo. De pronto, la despedida de soltero se había convertido en la boda de Juan con una desconocida, y la diversión en caos. Tras llevarse al Pirulas a la habitación contigua, sonsacarle lo que había ocurrido y conseguir que cerrara la boca metiéndole un calcetín en ella, Carlos regresó a la habitación principal justo cuando Noelia se levantaba y decía con gesto contrariado:

—Llamaré a mi padre. Él solucionará esto.

—¿A tu padre? —gritó Juan fuera de sí—. ¿Qué tiene que ver tu padre en todo esto?

Con los ojos anegados de rabia por tener que pedir ayuda a su progenitor, la muchacha murmuró:

—Créeme, él lo solucionará.

Tres horas después aparecieron en el hotel cuatro gorilas de dos metros custodiando a un imponente hombre de unos cincuenta años, que observó a Juan con cara de odio y se dirigió a la joven con frialdad.

«Éste debe de ser su papáito», pensó Juan al ver cómo los gorilas echaban a todos los amigos de la habitación menos a él y a la muchacha.

Hecha un mar de lágrimas, la joven le explicó a su padre lo ocurrido en inglés. Juan, que estaba estudiando el idioma en una academia en Madrid, prestó atención a lo que hablaban y entendió algunas partes. Aquel hombre de aspecto imponente llamó loca, entre otras cosas, a su hija, y ésta no calló y, sin importarle su gesto de enfado, le contestó y comenzaron a discutir.

«Si las miradas matasen, este tío ya me habría asesinado», pensó Juan al ver cómo lo miraba aquel hombre.

Media hora después, la puerta de la suite volvió a abrirse. Apareció un tío trajeado y con un maletín oscuro, un tal James Benson. Se sentó junto a éstos, sacó unos papeles en los que podía leerse en español «Demanda de divorcio», e hizo firmar a los jóvenes. Mientras firmaba, Juan se fijó en que la chica se llamaba Estela Noelia Rice Ponce, pero no pudo ver más. El abogado tiró del papel y se lo quitó, le pidió sus datos en España y, una vez acabó su cometido, se marchó con la misma frialdad con la que había llegado.

Minutos después, Noelia se dirigió a un cuarto para adecentarse y vestirse. Se marchaba con su padre. En el rato en el que Juan y el padre de la chica estuvieron solos, no se dirigieron la palabra, aun así, el joven no se achantó. Se limitó a mirarlo con el mismo desdén y desprecio con el que aquél lo observaba. Ninguno disimuló. Aquella ridícula boda en Las Vegas no era del agrado de nadie.

Cuando la chica salió vestida con unos vaqueros, una camiseta azulada y su claro pelo recogido en una coleta alta, algo en Juan se

resquebrajó. Aquella muchacha menuda que aún era su mujer era una auténtica preciosidad. Desprendía una luz especial, y eso le gustó. Pero, manteniendo el tipo, se contuvo y desvió la mirada. No quería mirarla. Aquello era una locura que debía acabar cuanto antes, o sus planes y su carrera en la policía española se irían al garete.

La muchacha y su padre intercambiaron unas palabras contundentes, y aquel gigante con cara de mala leche salió por la puerta sin despedirse, dejándolos a los dos de nuevo a solas en la habitación.

—No te preocupes por nada. Papá dice que conseguiremos el divorcio rápidamente. —Al ver que él no respondía, Noelia prosiguió—: Como le has dado tu dirección a James, él te enviará una copia a tu casa y... y... podrás olvidar todo esto muy pronto.

—Gracias. Es todo un detalle —respondió el joven, molesto por sentirse un pelele en todos los sentidos. Nunca le había gustado que nadie manejase su vida como había ocurrido en la última hora. Su padre les había enseñado a él y a sus hermanas a manejarlas, no a dejar que otro lo hiciera por ellos.

Noelia, a quien, por alguna extraña circunstancia, le resultaba difícil marcharse de aquella habitación, anduvo hacia él. Estaba claro que aquel muchacho la había tratado de una manera a la que ella no estaba acostumbrada. Por primera vez, un chico la había mirado como a una chica normal, y sabía que eso le resultaría difícil de olvidar. Entonces, clavando sus cansados ojos claros en el muchacho moreno de mirada oscura y profunda, dijo:

—Quiero que sepas que lamento tanto como tú todo lo que ha pasado. Y antes de irme necesito decirte que...

—Oye, canija —la cortó él con voz tensa, quitándose con furia el ridículo anillo para dejarlo ante ella; después le dio la espalda—. No sé quién eres ni me interesa conocer nada de ti. Será mejor que te vayas antes de que tu padre, ese que se cree Dios, entre de nuevo.

La joven asintió y calló. Le habría gustado que todo terminara de diferente manera, pero era imposible. Por ello, y sin decir nada más, se guardó en el bolsillo del vaquero el horroroso anillo de dados que él había dejado sobre la mesa, cogió su bolso y se marchó. Al oír el ruido de la puerta al cerrarse, Juan miró a su alrededor: estaba solo en la suite.

Una hora después, tras ducharse, fue a salir de la habitación cuando vio la foto y los papeles de la licencia rotos en el suelo. Sin saber por qué, los recogió con furia y se fue a su cuarto. Necesitaba olvidar lo ocurrido.

Al día siguiente, en el avión de regreso a España, Juan no podía dormir. Había mantenido una fuerte discusión con el Pirulas por todo lo ocurrido. Aquel descerebrado, como bien había imaginado él, había sido quien les había echado una de sus pastillitas en la bebida. Por su culpa todo había acabado fatal. Con gesto grave, miró a sus amigos, que, agotados, dormían como troncos en sus asientos, y sonrió al ver el ojo morado del Pirulas, un ojo que él se había encargado de tinter. Aburrido, enfadado y muy cansado, alargó la mano para coger la revista de cine que ofrecía la compañía aérea y, al abrirla por una de sus páginas, se quedó de piedra. Había varias fotos de la joven con la que se había casado junto a su padre, brindando con Meryl Streep, Brad Pitt y Paul Newman. Boquiabierto, leyó:

El magnate de la industria del cine Steven Rice, su preciosa mujer Samantha y su bella hija Estela organizan una fiesta para recaudar fondos para la India en su lujosa villa de Beverly Hills.

Incrédulo, Juan miró de nuevo las caras de aquéllos. Indiscutiblemente se trataba de la chica y de su padre. En ese momento, lo entendió todo. El magnate debió de creer que se había casado con su hija por dinero. Cerrando la revista, maldijo. Ahora comprendía por qué se creía Dios. Era el *puto amo* de la industria cinematográfica norteamericana, y él, un don nadie, se había casado con su adorada hija.